

AGENDA CIUDADANA

LA “IV GUERRA MUNDIAL” Y EL INTERES MEXICANO

Lorenzo Meyer

Hipótesis.- Hoy podemos ver con relativa claridad que, para México, los tres grandes conflictos mundiales que se desarrollaron a lo largo del siglo XX, terminaron por ser menos un problema y más una fuente de oportunidades. Desde luego que nuestro país no se propuso hacer de unas tragedias mundiales donde perdieron la vida más de cien millones de seres humanos, un “buen negocio” --tampoco tenía la capacidad para ello--, sino que la estructura mundial de poder fue la que abrió oportunidades al país y sus clases dirigentes las que supieron aprovechar. Sin embargo, el nuevo conflicto global que hoy concentra la atención y energía de la única gran potencia mundial y al que se podría calificar como una peculiar “IV Guerra Mundial” o la “I Guerra Mundial del siglo XXI”, pudiera tener un efecto diferente sobre México, casi el opuesto: el de reducir su campo de maniobra.

A lo largo del siglo XX el choque entre los imperios y sus intereses mundiales dieron lugar a una cierta y temporal neutralización de unos en relación a otros. Fue eso lo que abrió a países periféricos, entre ellos el nuestro, un resquicio por donde, los que quisieron y pudieron, sacaron adelante algunas políticas relativamente más autónomas y que hubieran sido imposibles en ausencia del choque de los grandes.

Para México o para otros países en situación de dependencia similar al nuestro, los encontronazos entre los poderosos del siglo XX no se tradujeron automáticamente en ventajas. Fue necesaria la decisión y la acción específica de los dirigentes para hacer realidad el potencial de independencia de cada coyuntura. En otras palabras, de no haber sido porque en varios momentos Estados Unidos tuvo que concentrarse por entero en derrotar a sus grandes oponentes en Europa o en Asia, Washington no hubiera aminorado

su presión sobre México ni menos hubiera hecho las concesiones que efectivamente le hizo a su vecino del sur. Y de no haber sido por dirigentes como Carranza, Cárdenas o, incluso de algunos de los que encabezaron los gobiernos posrevolucionarios, que en nombre del nacionalismo se arriesgaron a traducir en ganancias políticas o económicas las dificultades de los imperios, esto último no hubiera ocurrido o, al menos, no en la forma en que efectivamente tuvo lugar.

Desde hace justamente tres años, el gobierno norteamericano presidido por George W. Bush, declaró que su país se había visto forzado a emprender una nueva guerra global. Y justamente por el carácter de poder mundial dominante de Estados Unidos, y a querer que no, el resto del mundo ha sido obligado a tomar posiciones en el conflicto. Se trata de una guerra no contra otro Estado o conjunto de Estados, sino contra una visión del mundo: la de cierto fundamentalismo islámico que ha definido a Estados Unidos como su principal y gran enemigo. Los fundamentalistas, militarmente débiles, eligieron como su arma el terror; primero lo usaron contra objetivos norteamericanos fuera de su territorio –ataques a dos embajadas de Washington en África, por ejemplo— para finalmente llevarlo dentro de las fronteras de Estados Unidos. En esta nueva guerra mundial en curso, Rusia ya entró de lleno como respuesta a las acciones de los radicales chechenos y lo mismo hizo la OTAN desde el 2001 en Afganistán y, con mayor o menor decisión, ese camino también ha sido emprendido por otros miembros de la comunidad internacional, desde Pakistán hasta El Salvador. Sin embargo, no pareciera que esta vez México vaya a tener, como en el pasado, la oportunidad de renegociar al alza su situación frente a Estados Unidos para lograr ventajas concretas o ensanchar su campo de maniobra, de libertad. Al contrario, debido al peculiar carácter del nuevo conflicto mundial, es posible que nuestro país tenga que aceptar mayores restricciones a su de por sí ya muy relativa soberanía.

La Naturaleza de la “Cuarta Guerra Mundial”.- De entrada, hay que reconocer que las guerras mundiales ya no son lo que eran, ni en las formas ni en el contenido. En efecto, los dos primeros grandes conflictos mundiales –el de 1914 a 1918 y el de 1939 a 1945-- se libraron de manera muy abierta entre los ejércitos de las potencias. En contraste, la llamada “Guerra Fría” que también se puede calificar de III Guerra Mundial, ya no vio el choque directo de las dos maquinarias militares de las grandes potencias enemigas –Estados Unidos y la URSS—, pues tal choque hubiera tenido el carácter de una guerra atómica y eso hubiera llevado a la destrucción mutua de los adversarios. Fue así que la parte militar de la contienda se libró en una multitud de teatros en la periferia del sistema, a veces con la intervención directa pero limitada de una de las dos potencias –Corea, Vietnam o Afganistán— y otras simplemente como un choque entre aliados de cada una de las superpotencias, como fueron, entre otros, la lucha entre Cuba y Sudáfrica en Angola o la de los sandinistas y los “contras” en Nicaragua.

La inauguración y la clausura de esa III Guerra Mundial ya no resultaron tan precisas como las dos anteriores. No hubo un momento exacto en que se declara el inicio, aunque un cierto consenso lo sitúa en 1947, ni tampoco hubo una conclusión formal como la rendición de los alemanes el 11 de noviembre de 1918 en Compiègne, Francia o la de los japoneses el 2 de septiembre de 1945 a bordo del acorazado norteamericano Missouri; la URSS no se rindió, simplemente desapareció, junto con su imperio. Por eso, a falta del documento apropiado, se toma la destrucción del “Muro de Berlín” en noviembre de 1989 como el equivalente a la rendición implícita del “socialismo real” ante su adversario, el capitalismo global encabezado por Estados Unidos.

Hoy, según las declaraciones y acciones de los líderes norteamericanos, rusos o británicos, el mundo está metido de lleno en una peculiar IV Guerra Mundial, y a la que

ellos y otros que les apoyan activamente, han bautizada como la “Guerra contra el Terrorismo”. Desde el otro extremo, Osama bin Laden, el millonario saudita transformado en líder de los fundamentalistas islámicos, define al conflicto como la lucha del Islam contra los nuevos cruzados, pero también admite que se trata de un combate de dimensiones globales. No hay consenso sobre el inicio exacto de este conflicto, que lo mismo puede datarse del momento en que los muyajaidin se lanzaron contra las fuerzas ocupantes soviéticas en Afganistán, que mucho más atrás: en el inicio de la lucha de los palestinos contra Israel. Como sea, no hay duda que el atentado suicida de Al Qaeda contra dos importantes símbolos del poder norteamericano –las Torres Gemelas de Manhattan y el Pentágono en Washington, D.C.-- el 11 de septiembre del 2001 hizo que todos los involucrados llamaran a su lucha una guerra, y que como tal, se llevaría a cabo en cualquier punto del planeta. Los blancos de ataque podía ser lo mismo un buque de guerra norteamericano surto en Adén que una zona turística en Bali, las montañas de Afganistán que edificios muy concretos en un campo de refugiados palestinos o en Bagdad.

En fin, sabemos más o menos cuando y como empezó esta cuarta gran contienda mundial, pero no hay una idea clara de cuando y como acabará. Después de todo, si el enemigo de Estados Unidos y sus aliados no es un Estado ni un ejército regular, tampoco puede haber una rendición formal. Y en este tipo de guerra, los países que comparten frontera con la superpotencia que encabeza la lucha contra el fundamentalismo islámico – México y Canadá— no tienen más opción que asumir como propia la política de seguridad norteamericana y, desde luego, en la práctica su grado de libertad en este campo es nulo.

México y las Guerras del Pasado. Toda guerra es un desperdicio inaceptable de vidas y recursos; toda guerra es un horror infinito para quienes la sufren directamente, pero resulta que para México, la I Guerra Mundial fue un acontecimiento más bien positivo.

Para empezar, obligó a Estados Unidos y a Europa a concentrarse en sus propios problemas y dejar en segundo plano a un México en plena revolución social y nacionalista. Las desocupaciones casi incondicionales por parte de las tropas norteamericanas de Veracruz y de Chihuahua, en noviembre de 1914 y principios de 1917 respectivamente, se explican en buena medida porque entonces la prioridad norteamericana dejó de ser el meter al orden a su vecino del sur, que fue sustituida por impedir el triunfo de los imperios centrales en Europa, pues de ello dependía reestablecer el equilibrio mundial del poder. Fue esa relativa libertad de presión externa lo que permitió al Congreso Constituyente de Querétaro introducir en 1916 los elementos nacionalistas que quiso en la nueva constitución, y ese mismo factor fue lo que explica que la nueva carta magna se hubiera podido promulgar en 1917 sin tener que hacer concesiones a las protestas externas. Fue también la Gran Guerra el factor que aceleró la exportación de petróleo y aumentó la recaudación fiscal del carrancismo. En contraste, cuando el conflicto mundial terminó, la libertad de acción del gobierno de Carranza se redujo notablemente y ya no pudo hacer efectiva la nacionalización petrolera que demandaba la constitución.

La II Guerra Mundial influyó en la situación mexicana aún antes de iniciarse. Es cierto que en 1938 el general Cárdenas debió enfrentar la presión de Estados Unidos en contra de las expropiaciones agraria y petrolera, pero fue limitada. Y fue limitada justamente porque Washington necesitaba de la cooperación de México y Brasil para aislar al subcontinente latinoamericano de las influencias crecientes del nacional socialismo alemán, del fascismo italiano y del falangismo español. Con la nueva guerra ya en marcha, resultó natural que México se uniera en 1942 a los aliados, pero más como proveedor de mano de obra y materias primas que como actor militar. El resultado fue no sólo un gran aumento en el ingreso de divisas, sino el arreglo en términos muy favorables de su deuda

externa, de las reclamaciones por daños causados durante la revolución y de la indemnización a las empresas petroleras norteamericanas expropiadas.

Finalmente, la Guerra Fría le permitió al régimen del PRI ser calificado como democrático por Estados Unidos a cambio de responsabilizarlo por mantener la estabilidad de un orden discretamente anticomunista. Esa estabilidad autoritaria mexicana fue única en América Latina y muy rara en todo el ancho mundo periférico de la segunda mitad del siglo XX. A cambio, Washington permitió a los gobiernos priístas disentir de tarde en tarde en nombre del nacionalismo e incluso acudió en su ayuda cuando el mal manejo de la economía metió en problemas serios a los presidentes Echeverría, López Portillo, De la Madrid, Salinas y Zedillo.

En Conclusión.- Hoy, para México, la posibilidad de disentir en materia de la lucha contra el terrorismo de los lineamientos de Washington puede tener un costo muy alto, como se vio en el caso de Irak, cuando de manera arbitraria pero firme el gobierno de George W. Bush ligó al régimen laico encabezado por Saddam Hussein con Al Qaeda. En esa ocasión, la falta de apoyo incondicional del representante mexicano en la ONU a los planes de “ataque preventivo” de Estados Unidos contra Irak, aumentaron el apoyo interno para el gobierno mexicano pero a costa de un serio enfriamiento con Washington. En esas condiciones, ni pensar en disentir de las demandas de seguridad en la frontera presentadas por el gobierno norteamericano al mexicano, ni de negociar algo a cambio, como ya se hizo evidente con la imposibilidad de lograr a cambio de cooperación un acuerdo sobre los trabajadores mexicanos indocumentados en Estados Unidos.

En realidad, para los dirigentes mexicanos, ya no existe la posibilidad de decidir si adoptan o no como propias las definiciones y las políticas norteamericanas en materia de seguridad, su problema es simplemente no fallar en su cumplimiento. En fin, en esta nueva

y nada clara guerra mundial, la soberanía mexicana ha quedado reducida a tal punto, que ya ni siquiera dispone de los viejos espacios simbólicos de independencia, como, por ejemplo, su relación con Cuba. Para México, lo ideal sería un rápido fin de esta nueva guerra mundial, pero nada indica que ese fin esté próximo.